

EL CAUTERIO SOCIAL

CAUTERIO: Instrumento que usan los cirujanos para aplicarlo candente a las heridas o llagas del cuerpo.

Periódico quincenal, órgano de todos los que puedan decir y probar verdades. Cauterizará las llagas sociales sin distinción

Año 2.º	SUSCRIPCION:	Manzanares 30 de Noviembre de 1931	NUMERO SUBLTO 10 CENTIMOS	Núm. 9	
	Trimestre.	0'75	CORRESPONDENCIA: SOL. 6.		Aparece los días 15 y 30
	Semestre.	1'50			
Año.	3'00				

De los artículos firmados son responsables sus autores

AGRADECIMIENTO, SATISFACCION Y SENTIMIENTO

Al pueblo manzanareño:

Aunque tenía alguna esperanza de que el personal respondería regularmente a mi sincero llamamiento, pidiéndole solidaridad para dotar a Manzanares de un órgano en la prensa, donde poder reflejar el sentir de todos sus habitantes, nunca creí verme tan asistido de la voluntad popular en el grado que lo he sido. Profundamente impresionado y henchido de satisfacción, he de manifestar al pueblo mi reconocido agradecimiento: En primer lugar a los anunciantes que, sin saber la inclinación que el texto del periódico había de tener, hicieron confianza en mí y me proporcionaron los anuncios para la plana comprometida con el impresor; en segundo lugar, a los buenos camaradas que me han estimulado con su optimismo y confianza en mi éxito, y en tercer lugar, al público y generoso pueblo manzanareño, desoyendo las maliciosas insidias de mis enemigos (¿enemigos por qué?), han agotado la tirada en muy pocas horas, a pesar del mal tiempo y de estar en paro forzoso casi todos, por causa de la lluvia.

Esa satisfacción y ese agradecimiento, me comprometen a corresponder en el grado posible con todos, y me obligan a multiplicarme en defensa de los intereses generales de la población y de la cultura, de la verdad y de la justicia.

Ya saben mis lectores que soy consecuente con lo que digo, pues me debo a mi palabra.

Pero como no hay rosas sin espinas, también este inesperado exilazo ha tenido su parte de acibar. Me han demostrado algunos inconscientes, al pararme en la calle y hacerme ciertas manifestaciones, sobre el título del artículo «Cortando cabezas...» que es tanta su ignorancia y la malicia existente, que hasta los títulos fuertes son contraproducentes. Han llegado a decirme: «Hace mucho tiempo que se tenía que haber hecho eso que usted dice en su periódico: Cortar cabezas. No siendo así, no iremos a ninguna parte».

¡Pobre humanidad! ¿Cómo habrán leído o les habrán hablado del citado artículo, cuando la cla-

ra y sencilla exposición de su contenido, ha sido anulada por las dos palabras solitas del título? ¿Cuánto tiempo faltará a esos seres desgraciados, para estar en condiciones de comprender y admitir la armoniosa solidaridad humana y para implantar la indispensable fraternidad como único sistema social? La ignorancia y la perversidad en innumerable mundo maridaje, componen la formidable barrera donde se estrella el progreso. ¡Vamos contra esa indigna barrera, manzanareños! Seguidme, si o ofrezco confianza, en ese asunto!

ANTONIO PINES NUÑEZ.

Meditaciones de un creyente

«Dios todo lo vé, lo oye, lo puede y lo crea». — El cielo. «El hombre se mueve, se agita, se esfuerza». — La tierra. «No se mueve ni la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios». — La Iglesia.

El hombre se muere y Dios le empuja, diz Sacramento, al creyente don Amós, discutiendo ambos a dos por la quema de los conventos.

Si eso Fenelón decía y la Iglesia lo ha aprobado, el que al convento acudía y el incendio promovía, era por Dios empujado.

Y cuando Dios impela a incendiar esa mansión, es que su razón tendría. O no hay lógica, añadía Sacramento con fruición.

Y si Dios todo lo ve, vió al incendiario llegar, don Amós; y yo no sé, ni explicar puedo el por qué, Dios dejó el fuego pegar.

Siendo Todopoderoso, pudo el incendio impedir. ¿Lo consintió? Es muy dudoso, para un creyente juicioso, ni censurar, ni aplaudir.

El que a la Iglesia se acoja, adquiere el gran compromiso de admitir aquí y en Zeoja, que no se mueve ni una hoja sin que el Señor dé el permiso.

Y si la venta divina a una brinza es necesaria, ¿cómo sin ella domina el criminal que asesina y la persona incendiaria?

Y si Dios todo lo crea, ha creado al asesino, y al ladrón y al que la tea en prender fuegos emplea. ¿Con el permiso divino...?

No dice muy claramente la lógica, don Amós, que es un acto irreverente censurar abiertamente lo que ha permitido Dios.

El nuevo edificio de Correos

Habíamos oído decir, que con el fin de mejorar las condiciones para oficiales, carteros y público, se estaba habilitando un nuevo local, para estafeta o administración de Correos, y creíamos que, habiendo cambiado la situación y corriendo otros tiempos, se tendría en cuenta en la dependencia del Estado, lo que nunca se tuvo con la monarquía; esto es: la comodidad y el interés del público. Pero hete aquí, que voy a visitar el nuevo edificio postal, para cantar sus excelencias en El CAUTERIO SOCIAL, y sufro el mayor de los desencantos.

La nueva casa de Correos, está en las mismas o peores condiciones para el público, para los carteros y para los oficiales, que la otra. Tiene más apariencia; mejor presentación y un sin fin de habitaciones espléndidas, para el jefe; pero la mejoría para el público pagano, no se la encontrará nadie. ¿Por qué? ¿Porque va a pagar el Estado pesetas de alquiler anual? ¿Porque va a pagar el Estado un alquiler de un cuarto y un baño? ¿Porque va a pagar el Estado un alquiler de un cuarto y un baño? Eso no

Es el CAUTERIO SOCIAL ha para algo práctico, cumple su misión, defendiendo el mayor de los derechos, que es el derecho del que todo lo paga. ¿De dónde salen las pesetas con que se paga al ministro de Comunicaciones? Del público. ¿De dónde sale el dinero con que se paga a los jefes, oficiales y carteros? Del público.

¿De dónde sale, para pagar la construcción, compra y alquiler de locales para Correos? Del público. Pues si es el público el que proporciona para sostener todo eso, ¿por qué no han de facilitarse a público las primeras ventajillas y comodidades? Y es que el público no defiende como debe sus derechos. Aguantan, y aguantan de más, y cuando se cansa de aguantar, se rebela violentamente y llega más allá de lo debido. Y hay que huir de los extremos. Ni extralimitarse, ni aguantar de más.

Muy bien, que el señor administrador tenga las dependencias necesarias, con abundancia de comodidad; pero que esas mismas comodidades y dependencias no le falten al público, que se las merece tanto o más que el mayor de los jefes, porque de él sale para pagarlo todo. De haberse habilitado las oficinas como era de esperar, dada la disposición de la casa, hubieran estado en derredor del patio, y este hubiera sido ocupado por el público que acude a recoger apartados, lista, y demás operaciones, en vez de darse plantones en la calle, tomando el «fresquito» del invierno y la lluvia siempre que caiga.

Invitamos al señor alcalde, co-

mo representante mayor del Estado y como primer administrador del pueblo, para que antes de que se inaugure el citado edificio, vea las deficiencias que apuntamos y estudie la manera de interesarse para que se corrija.

A cada uno, lo que le corresponde.

EL CAUTERIO SOCIAL.

A MODO DE CUENTO El labrego y el maestro

Pues señor, esto y que era un pueblo llamado Cualquierparte, en el que había un mal maestro de escuela, (en todas las profesiones hay quien falta a sus deberes) que no sabía lo que era la inapreciable vocación por la enseñanza, ni conocía el plausible entusiasmo por ejercer la función más sublime y útil de la humanidad: educar a la niñez.

Las cosas propias de los niños le molestaban; la escuela le daba asco; en ella estaba violento hasta que se iba. Así era que siempre iba a clase después de la hora reglamentaria y se desahucaba a los chicos antes de tiempo. En una ocasión le sorprendió la Junta local de enseñanza, jugando al tresillo con unos amigos, en una dependencia de la escuela. Como era viciosillo, tenía que ser barato y vendía a los chicos el material que había de entregárselos gratuitamente por los correspondientes.

Era algo violento y trataba con dureza a los escolares, y con desconsideración a los familiares de éstos. En la misma población, había un obrero bastante instruido por haber viajado y leído mucho, y no faltaba la energía y el valor cuando de decir verdades se trataba. Por eso mismo, sentía antipatía y aversión por aquel mal pedagogo. Un día vino a casualidad a ponerlos frente a frente por el siguiente: Nuestro campesino, fué al pueblo donde residía la familia de citado profesor, a ventilar un asunto, casualmente con un vecino de dicha familia. Al enterarse éste de que nuestro labrador era de Cualquierparte, lo invitaron y agasajaron, y al marcharse le rogaron que llevase unos enseres a su familia; y unas chucherías para los niños de éste. Nuestro campesino se quedó intencionadamente con los golosinas, preparando la ocasión para discutir francamente con el educador descuidado, como así fué pues al recibir éste la carta de su familia diciéndole lo enviado y no recibido, se fué en busca del paleto, no sin antes avisar a muchas personas para que presenciaren la sfrontosa reprimenda que iba a lanzarle el rostro, puestos frente a frente y rodeados de muchas personas que esperaban gozarse en la sfronta del rebelde labrego, díjole el maestro: — ¿Es cierto que entregaron a V. mis familiares unas golosinas para mis hijos? — ¿Señor — contestó el otro, — ¿V. ó no es o me las entregó? — ¡Pah! ¡Pah! que me parció mejor quedármelas.

— ¿Y ¿no sabe usted que eso supone una ratería; un robo? — Hombre; según y conforme; jera tan poco su valor... — En el momento que uno se queda con lo que a otro pertenece, lo roba, aunque la cosa solo valga un céntimo. Para eso sirve usted, señor pedante.

— ¡Caram! no se ponga usted tan p. óspero; que no es usted tan útil y tan necesario a la sociedad.

— ¿Quién yo...? ¡Infeliz! Ha de saber usted que mi profesión es la necesaria, útil y elevada de la sociedad; que yo facilito la instrucción, que es la cultura; el don más preciado en la humanidad; con la cultura se aumenta el progreso y el bienestar de los pueblos. Media hora de labor de un maestro, representa un capital inapreciable; si señor; sépalo usted ¡Lástima que cuatro ignorantes lo tengan a usted por list!

— Alto ahí; señor engreído. Vamos a cuentas. Me ha dicho V. hace un momento, que el que se queda con lo que a otro pertenece, lo roba, por poco que sea su valor; ¿no es así? — ¡Y lo repito.

— Muy bien, Me ha dicho también que media hora de labor de un maestro, encierra un capital inapreciable; ¿verdad?

— ¡Y lo sostengo. — Entonces señor enfatuado, es usted mucho más ladón que yo. Yo me quedé con las golosinas pertenecientes a los niños de usted con el deliberado propósito de suscitar esta cuestión. Aquí las tiene usted sin haberlas tocado, y sin haber pretendido vendérselas a ellos mismos, como usted hace con lo que se queda de los niños de la escuela, que es de más valor que las chucherías esas.

Ahora respondá: ¿Devolverá usted a los niños de la escuela el dinero que les ha sacado por el material escolar que les ha vendido, siendo de ellos, puesto que para ellos se entregó? ¿Puede usted restituirles ese capital inapreciable que suponen las incontables medias horas que roba a los chicos de enseñanza? ¿Con qué derecho se aprovecha usted de la consignación para clases de adultos, si no da usted diez clases nocturnas en toda la temporada? ¿Ande usted ¡vergüenza del honrado Magisterio! y ¿cómo reconoce usted con tanta razón que media hora de labor de un maestro, significa un capital de cultura inapreciable, reconoce también que usted comete el mayor de los crímenes al «despojar» de ese inmenso capital a los discípulos que tiene tan abandonados. Aprovecha la lección y corríjese. Si no la ha dado delante de estos señores, usted tiene la culpa por haberlos traído a que contemplaran el revólucion que usted pensaba darles. Aplíquese el adagio que dice: «Ea por lana y salir trasquilado».

AMPINÚ.

Es la hermosa austeridad de las horas

Manzanares